

"Narradores leoneses, hijos del Filandón"

Juan Manuel González

Fotografía: Mauricio Peña

El escritor leonés Antonio Pereira, Premio Torrente Ballester 1993 con su obra «Las ciudades de Poniente» manifestó que «la tierra natal siempre nutre una determinada estética literaria, y una forma de percibir y transmitir sensaciones». La tradición de la narración oral es muy fuerte en mi espacio natal, el noroeste peninsular extendido desde León hacia el Bierzo y Sanabria, Y de ella se deriva en buena medida el núcleo de los relatos que integran las páginas de "Las ciudades de Poniente"», subrayó. «En este libro, surgido bajo la idea de que el cuento es la ficción de la vida, construyo una unidad estilística a partir de un ambiente crepuscular, de poesía del atardecer, que se desarrolla al trasluz de personajes de lo cotidiano que nunca llegan a ser grandes héroes, y de situaciones argumentales no exóticas para el posible lector», indicó el escritor.

«Las piezas-cuentos que componen el libro –advirtió– tienden a la oralidad, pues el narrador habla de una forma próxima, íntima y confidente, y huye de cierta tendencia a basar la narración en una estricta realidad de los personajes, evitando el sarcasmo y optando más por una tierna ironía». Para Pereira «la narración debe corresponderse con la noción clásica de poesía, como creación, y el narrador debe recordar aquella consideración de Gómez de la Serna relativa a que la poesía es un hiperespacio que Dios nos concede con el fin de que las ocho de la tarde no sea una hora sórdida y estéril. Precisamente esa hora, las ocho de la tarde, viene a ser en las tierras del noroeste el momento en que resurgen la amistad, el vino fraterno, y el relato de historias seculares y compartidas; de esa tradición se han alimentado tal vez los mejores narradores leoneses de hoy, desde Luis Mateo Díez y Juan Pedro Aparicio hasta Julio Llamazares y José María Merino», advirtió.

Libro integrado por 26 cuentos cortos, «Las ciudades de Poniente» muestra la capacidad de su autor para construir personajes que, inspirados en las propias vivencias, no brotan sin embargo directamente de éstas, sino que crecen desde una realidad transformada por la imaginación e intuición poética de Pereira.

En sus páginas, esta obra supera la descripción puntillista de paisajes y

perfiles, natales, norteños y próximos -técnica ya llevada a la perfección en su época por Enrique Gil y Carrasco con «El Señor de Bembibre», y muestra por el contrario una particular forma de captar entornos y personajes tras el ensimismamiento y la melancolía lírica de su autor. De lenguaje sencillo, y coloquial a trechos, pues Pereira cree que «en la literatura y en la vida todo es más sencillo de lo que a primera vista parece».

